

PREMIO PLATERO 2011

TÍTULO: EL HECHO DESACOSTUMBRADO DE SER FELIZ

SEUDÓNIMO: EL CABALLERO DE UNAMOR

EL HECHO DESACOSTUMBRADO DE SER FELIZ

Solía tener de fondo música de piano, aunque yo no podía entonces distinguir entre el furor fogoso de las sonatas de Beethoven, la densidad sedosa de Chopin, la simplicidad mística de Erik Satie o el viaje susurrando hacia el silencio de John Cage. Sentado a la mesa de madera recia y noble sobre la que escribía, hundía los pies descalzos casi hasta los tobillos en una alfombra de lana de pelo suave y blanquecino en la que se apreciaban a simple vista las pequeñas calvas amarillentas causadas por la lluvia de pavesas desprendida del sempiterno cigarrillo que se mecía entre sus dedos índice y corazón, y que adoptaba la apariencia no de un elemento ajeno, artificial, condenado a la consunción por la combustión de sus elementos y a la evanescencia en forma de humo, sino de una parte más, íntima y constitutiva, de su propia mano, como un apéndice, una excrecencia, un sexto dedo. Esta impresión desaparecía fugazmente mientras chafaba al fin la colilla consumida hasta el filtro contra el fondo de un cenicero metálico siempre rebosante y volvía a aparecer acto seguido, tras acercar la oscilación sinuosa de la llama del mechero a un nuevo cigarrillo, ya sujeto al efecto entre los labios. A mí me gustaba verle fumar y escribir. Abría con penoso esfuerzo las pesadas puertas de madera oscura, envejecida, entraba silenciosamente en aquella habitación siempre en penumbra, las persianas bajadas y las ventanas cerradas para evitar la maldición del ruido, la luz y las corrientes, y reptaba por el suelo impulsándome con los codos y las rodillas hasta encontrar el mejor punto de observación. Cuando pasaba sobre la alfombra, tenía que apretar muy fuerte los labios e intentaba oprimir los orificios nasales para evitar que las hebras de lana me hiciesen estornudar y delatasen mi presencia. Él siempre tenía un aspecto tranquilo y concentrado y una actitud blanda y complaciente, pero yo no podía evitar sentir un poso de inquietud. Era quizá la

atmósfera azulada, el velo de luz transparente que más que circundarle le contenía, o la cualidad blanquecina que le daba a su carne un aspecto a la vez duro y frágil, como alabastro surcado por profundas venillas verdosas.

La abuela me decía que no debía asustarme. Me cogía de la cintura y me acercaba a su cuerpo. A mí me daba algo de grima notar a través de la ropa las puntas de sus huesos picudos. Era una mujer alta y enjuta, con el pelo, crespo y cano, muy corto, y miraba siempre de frente con unos dolorosos ojos claros en los que brillaba un exceso de humedad, un resto acuoso de recién llorado. Vestía unos jerseys de lana muy amplios que olían a viejo y naftalina, o a cebolla, a especias y a ajo, si acababa de salir de la cocina, y que parecían desparramarse sobre su cuerpo como la piel fofa y blandengue que cuelga flotando alrededor de los que han adelgazado demasiado. Le gustaba hacer tartas y asados, hablar con sus perros y con las plantas de su jardín, escuchar discos de jazz, de los Genesis con Peter Gabriel y de los Jethro Tull, leer hasta tarde en la cama recostada sobre unos cojines blancos y esponjosos que rellenaba ella misma con una placa de borra voluminosa y suave. Oponía a las cuitas y aflicciones del mundo el aplomo severo que mana de haber vivido desde siempre en la misma casa y de tener la certeza de ir a morir sobre la misma cama en que había nacido, pero le costó aceptarme cuando mi madre me mandó a vivir con ella. Hizo lo posible para que yo no lo notara, aunque los primeros días, cuando se tropezaba conmigo al entrar en el salón, o cuando me sorprendía hurgando con un palo a la busca de lombrices en la tierra fresca y olorosa del jardín, daba un respingo y torcía el gesto en un leve e instantáneo mohín de desagrado. Yo odiaba en ella todo lo que me recordaba a mi madre, el aire informal, el desenfado, el amor a la música y a los libros, aquellos pantalones vaqueros descoloridos, llenos de zurcidos y mataduras, y procuraba descargar mi ira y mi

resentimiento fastidiándola todo lo que podía y siempre que tenía ocasión. Escupía sus tartas con asco cuando me daba de merendar. Quebraba, con la saña feroz que sólo puede habitar en unos dedos infantiles llenos de furia vengativa, los tallos más tiernos y arrancaba los pétalos carnosos de sus flores más queridas. Me meaba en la cama a propósito por las noches, hasta notar las sábanas empapadas de aquel calor húmedo que me envolvía las piernas y la cintura y aspiraba el olor ácido y amarillento de la vergüenza. Ella recomponía lo descompuesto sin decir nada. La veía recoger los pétalos del suelo y sostenerlos sobre la palma de la mano extendida como si fuesen el cadáver aún caliente de un animal, terminar de cercenar los tallos quebrados con la precisión de un cirujano, sustituir las sábanas mojadas por otras que parecían crujir de puro limpias. Se sentaba luego frente a mí, con aquella mirada que era un grito verde de mar salpicado, y me cogía la cara entre las manos, muy suavemente y en silencio. Su compostura me desarmaba, prefería con mucho las rabieta de mamá, los gritos y las bofetadas.

Tardé algún tiempo en descubrir la habitación del escritor. A decir verdad, los primeros días apenas sí iba del jardín a la cocina y del salón a mi dormitorio. Me impresionaban el tamaño de aquel viejo caserón, la solemne grandeza que parecía emanar de los pesados muebles, de las sólidas paredes. Todo allí estaba revestido de una pátina de oscuridad, de tiempo y de nobleza, por completo ausentes en el piso de mi madre, pequeño y asfixiante, pintado de gotelé blanco, encajado como una jaula de hormigón en un impersonal edificio con las paredes de ladrillo rojo llenas de grietas, de goterones ocres de óxido, de cagadas de paloma ominosas y redondeadas. Me amedrentaba especialmente la escalera de amplios peldaños de madera y ampulosa barandilla de hierro forjado, rematada por un pasamanos de bronce pulido y brillante,

que trepaba con una inclinación acusada y decidida desde la planta baja hasta la planta superior, hasta el pasillo en el que se alineaban las habitaciones. Intentaba demorar con mil excusas y entretenimientos fatuos el momento de irme a la cama, fingía quedarme dormido en el sofá frente a la chimenea con la esperanza de que la abuela me echase una manta por encima y me dejase pasar la noche allí. Las más de las veces conseguía al menos que me zarandease con la misma delicada dulzura con que acariciaba a sus perros o regaba sus plantas, antes de llevarme cogido de la mano escaleras arriba hasta mi dormitorio. Evitaba así la terrorífica perspectiva de subir solo. Me espantaban los chasquidos de los escalones bajo nuestros pies, el eco vegetal y quejumbroso de la madera me erizaba el vello de los brazos y de la nuca, se me antojaba el lamento de un ser vivo aprisionado que pugnaba por liberarse y escapar. Escuchaba desde la cama cómo se alejaban los pasos de la abuela pasillo adelante, la oía abrir y cerrar la puerta de su dormitorio y sentía caer la oscuridad y el silencio sobre la casa como dos masas densas y asfixiantes mientras me tapaba la cabeza con las sábanas, cruzaba los brazos sobre el pecho y apretaba los hombros contra el cuello. Cerraba muy fuerte los ojos, y aún así, o quizá por eso, creía percibir sombras y reflejos, destellos blancos como fognazos que cruzaban por detrás de mi retina. Los latidos del corazón eran un martilleo acolchado e incesante dentro de mis oídos, y en la pequeña pausa entre uno y otro se sugería un roce, un bisbeo, unas pisadas, un lánguido suspiro que parecía detenerse por un momento en el aire para desvanecerse luego dejando un rastro helado de insomnio y de inquietud. Yo me apretaba más contra mí mismo, como si comprimiéndome presentara un blanco menos fácil a la incierta amenaza que sentía flotar sobre mí. Largas gotas de sudor me pegaban el pelo a la nuca y caían luego por mi cuerpo abajo con un tacto viscoso y espeluznante de seres vivos. Imaginaba a la abuela

leyendo bajo una luz suave o vencida por el sueño plácido e indoloro de los adultos, y tenía que echar mano de toda mi terquedad para no llamarla a gritos. Era en ese momento cuando soltaba las riendas de la vejiga, impulsado a medias por el pavor y a medias por el resentimiento. Y me quedaba inmóvil y atento, empapado de orina y de sudor, esperando a cada instante que se concretase por fin en algún daño tangible aquella sensación de peligro inminente. Nunca pasaba nada, o más bien pasaba que al fin me dormía, agotado por la tensión que me provocaba aquella lucha sorda con las múltiples caras del miedo.

Primero me sorprendió la música y el olor a humo que parecían venir del piso de arriba. La abuela no fumaba y en la música que ella escuchaba no existía ese brillo suave y ese pulso como de caricia; de los discos de la abuela escapaban ritmos ricos y sincopados, voces roncas y guturales, rasgueos eléctricos y un fondo de platillos de batería. Había pasado ya el mediodía y de la cocina venía un entrechocar tenue de cubiertos y de piezas de vajilla. Había sonado también un par de veces el zumbido líquido de la batidora y el chasquido apetitoso de la puerta del horno. Acostumbrado a las cajas de pizza a deshora y al chisporroteo grasiento de la rebocina de los ultracongelados al caer de cualquier manera en el aceite requemado de la sartén, me estremecía como un latigazo la domesticidad complaciente y ordenada de aquel hogareño bienestar. Sabía que en menos de una hora estaríamos sentados a la mesa comiendo algún sano y nutritivo manjar sobre un mantel blanco y limpio y recién planchado, así que aún podía curiosear un rato. Me senté en el primer escalón de la escalera de mis miedos e intenté aguzar el oído. No se oía nada. Tampoco percibía ahora el olor a tabaco. Pensé que mi fantasía me había jugado una mala pasada. Me anudé con un par de lazadas el cordón desanudado de una de las deportivas y me levanté

para salir al jardín. Supongo que planeaba alguna nueva tropelía contra las indefensas plantas. El día anterior había visto unos capullos jugosos y rosados, tensos como bolsas de sangre a punto de estallar, que me ofrecerían a buen seguro algunos manojo de pétalos por medio de los que dañar a la abuela. Justo en ese momento me llegó una ráfaga de música, un sonido circular, simple y magnético, como el caminar descuidado de un animal sobre las teclas de un piano, y de nuevo flotó en el aire el aroma picante del tabaco rubio. Me di cuenta de que estaba subiendo cuando crujió el tercer escalón. Me quedé quieto, agarrado al pasamanos, con el pie levantado en el aire, congelado por la indecisión. Veía al final de la escalera el pasillo tenuemente iluminado y adivinaba la alfombra mullida y orientalizante que lo cubría, la fila de puertas a ambos lados, como bocas cerradas que ocultasen tras su silencio el secreto de un misterio. La música sonaba ahora más fuerte, la melodía sinuosa y oscilante que temblaba como la llama de una vela ejercía sobre mí un fuerte influjo, me atraía y me aturdí a la vez, como el rezo de una salmodia o la recitación de un conjuro. Puse el pie sobre el siguiente escalón, y luego sobre el siguiente, y luego sobre el siguiente, y luego ya estaba sobre la alfombra del pasillo que amortiguaba el ruido de los pasos sobre el suelo de madera y cruzaba sin detenerme ante las puertas de mi habitación sabiendo que allí no sonaba más música que el crujir y castañetear de mis dientes en la bruma melancólica del insomnio, y cruzaba también ante las puertas de la habitación de la abuela en la que sólo sonaba el pasar de las hojas del libro y de vez en vez, aunque ella no lo hubiese admitido jamás, algún torvo ronquido, aislado, vergonzante y hostil, y cruzaba ante la fila entera de puertas a la derecha del pasillo sin que hubiese tras ellas rastro alguno de actividad y vida, y giraba en el fondo del pasillo, bajo la alta ventana de cristales velados que tamizaba la luz hasta convertirla en un reflejo gris y mortecino, y cruzaba ante las puertas a la izquierda

del pasillo, maravillado al fijarme por primera vez en el número de habitaciones, en el tamaño de las puertas y en la nobleza de la madera oscura con que estaban hechas, y llegaba por fin ante la puerta de la que salía sin lugar a dudas aquella música que ahora parecía que giraba un poco más despacio por tener sus frases más longitud y hondura, y aún dudaba un poco, con las manos apoyadas sobre los tiradores, y oía entonces a la abuela salir de la cocina y llamarme para comer, y con ella guardando mis espaldas osaba al fin abrir las pesadas puertas, una rendija al menos por la que pudiera ver, lo suficiente para distinguir en la penumbra la mesa sólida, la alfombra en el suelo, la figura sentada, el resplandor azulado y transparente, la brasa incandescente del cigarrillo avivada por una calada profunda llena de conocimiento sin ansia, de placer sin prisa, la pluma alzada a medias como un arpón a la espera de atrapar una palabra al vuelo, la punta de metal dorado apoyada sobre la superficie del papel grueso y rugoso, terso como la piel, amarillento como el marfil, el trazo negro y ágil de la tinta, las letras afiladas, el rasgueo de la pluma que pasa sobre el idioma como el cepillo del carpintero sobre la madera, desbastándola, suavizándola, arrancando virutas hasta darle la forma deseada, y me acercaba muy despacio, reptando sobre la alfombra, a esa corta distancia del suelo que es, más que ningún otro, territorio infantil, procurando no hacer ruido, en parte por temor, es verdad, pero en parte también por no quebrar la magia de aquel encantamiento, la serenidad prodigiosa de aquella atmósfera, el aire inmóvil en el que flotaba esa música hecha de cristal remansado y obstinada belleza, y me sentaba con las piernas cruzadas, los codos sobre los muslos y los puños bajo la barbilla, viendo hacer al escritor, y sentía las manos de la abuela posarse sobre mis hombros con el peso dolorido de dos pájaros cansados, y escuchaba su voz dulce, el aliento teñido de repostería, hablar muy bajito en mi oído, y mientras el escritor intentaba exprimir una

idea apretando su frente surcada por las arrugas graves de la inteligencia, o se colocaba las gafas empujándolas nariz arriba con el índice, o surcaba el papel con la pluma al tiempo que afilaba el ceño hundiendo el entrecejo y apretaba los labios, la abuela me contaba que lo veía desde niña, y que mientras sus hermanos se agolpaban en las tardes de invierno frente a la chimenea de la planta baja con los ojos brillantes por las llamas y la piel del rostro enrojecida y tirante por el calor, ella subía a pasitos clandestinos la escalera y se sentaba a mirarle y tenían que buscarla por la casa gritando su nombre para que se fuese a acostar, y que años después, cuando compró con su marido la vieja casa a sus hermanos, el abuelo se enfadaba con ella y buscaba disimuladamente tras las puertas y bajo las camas sospechando la presencia de algún amante después de que ella hubiese estado encerrada durante horas en aquella habitación vacía, usada como trastero, y reíamos juntos imaginando al pobre abuelo maquinando venganzas contra el donjuán evanescente que le pisaba el terreno en su propia casa, y me contaba también que se desilusionó cuando se dio cuenta de que mamá no lo veía, qué se podía esperar de una niña que no tenía imaginación suficiente para tener miedo por las noches, y la abuela se ponía triste y yo me avergonzaba de haber despreciado sus tartas y al acordarme de los tallos quebrados y las flores decapitadas me dolían los dedos como si me arrancaran las uñas, y me enroscaba contra ella y le pellizcaba las mejillas muy suavemente, y ella me sonreía entonces y me miraba desde el verde líquido y profundo, y me decía que era la hora de comer y que había que dejar trabajar al escritor, que ya subiríamos luego un rato a verlo, después de la siesta, y bajábamos cogidos de la mano hacia la cocina donde nos esperaba un reconfortante calor, blando y blanco como la miga esponjosa de una hogaza de pan, y aquella noche ya no me meé en la cama, ni tuve miedo de subir las escaleras, ni de quedarme solo en la habitación, ni me aguanté las ganas de pasar a la habitación

de la abuela y tumbarme en la cama a sus pies, y mirarla leer, y sonreír al verla dar cabezadas hasta dormirse con el libro apoyado en el pecho, y apagarle luego la luz con cuidado para no despertarla, y salir luego de puntillas a la alfombra del pasillo, roja y negra y mullida, y asomarme a la habitación del escritor, envuelto en humo y en música y en luz azulada y en transparencia, y acostarme luego tarareando sin darme cuenta la melodía dulce que acompañaba al hecho desacostumbrado de ser feliz.